

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

[Los progresos del anticristianismo en España.

Se trata de arrebatarse la fé al pueblo español, para hacerle esclavo, haciéndole primero estúpido. El anticristianismo se pasea en triunfo por nuestra infortunada pátria, llevando el caos á las inteligencias, la inmoralidad á los corazones, la corrupcion y el envilecimiento á la familia, el desorden, y la disolucion á la sociedad. Se propagan las teorías mas absurdas, las máximas y sistemas mas impíos, las doctrinas mas inmorales y corruptoras capaces de hacer germinar todos los vicios de la fábula, y poderosas á destruir hasta los gérmenes de todas las virtudes individuales y sociales que brotan como la flor de su tallo de la moral cristiana. No hay freno para el desborda-

miento de las doctrinas disolventes; no hay diques fuertes para contener el desolador torrente de la inmoralidad; no hay represion viril y enérgica para las pasiones insolentes y brutales que todo lo avasallan, y que atropellan impunemente todos los derechos mas santos. Y convengamos que una sociedad entregada sin defensa á la prepotente dominacion de tan odiosas y degradantes tiranías, contados tiene sus dias. Está condenada á desaparecer del mapa de las naciones. ¡Pobre España! ¡Desdichada nacion! No hay salud para tí si no vuelves contrita y humillada al seno de la Iglesia católica que te dió el ser, la vida, grandezas, virtudes, timbres y blasones.

Porque está escrito que fuera de la Iglesia no hay salvacion y perecen sin remedio los reinos

y naciones que no acatan su autoridad, y se rebelan contra su civilizadora é inviolable soberanía; porque ella es para los individuos luz indefectible y regla inmutable, para la familia paz y armonía, para las naciones orden, prosperidad y bienandanza; porque ella dá consistencia á los tronos, esplendor á las coronas, valor y sancion eficaz á las leyes, respeto á la autoridad, dignidad, á la obediencia; porque ella ha sido, es y será siempre para los que navegamos por este mar del mundo que hierve en tempestades, faro luminoso puesto en escollo eminente.

Z. M.

La legalidad.

En un pueblo de España se ha cometido un crimen que en otros tiempos hubiera merecido la reprobación universal y la ley hubiera impuesto á sus autores y cómplices severísimas penas. Un padre educado en el liberalismo ha hecho alarde de bautizar á un niño *more-masónico*, civilmente ó liberalmente, con toda solemnidad, con asistencia de masones y masonizantes.

Y noten nuestros lectores que ha asistido *La legalidad*, personificada en el Alcalde. Esto se ve

en una nación como España, sin escándalo de los liberales, con asentimientos de mestizos, sin protesta de nadie, excepción hecha de los verdaderos católicos que abominan de todo liberalismo porque todo liberalismo es pecado, impiedad y herejía.

Con todo aun habrá valor para llamarnos á entrar en *La legalidad*. ¡Ciegos que no ven mas que.... el brillo del oro!

Santa visita.

Nuestro Amantísimo Prelado suspendió el miércoles último sus tareas pastorales para celebrar las hermosas fiestas eucarísticas que con tanta pompa se hacen en la Santa Iglesia Metropolitana. Después de la octava del Corpus reanudaré sus tareas, para ocupar todo el mes de Junio en visitar los pueblos mas próximos á la capital, y mas necesitados de su paternal solicitud. Sabemos que S. E. I. recoge abundantes y sazonados frutos, merced á su amabilidad, á sus caridades y larguezas, á su celo apóstolico y á sus frecuentes y tiernísimas exhortaciones.

VARIETADES Y NOTICIAS.

La palabra de una madre.

Era una madre cristiana; venturosa

madre de cuatro hermosos niños que, agrupándose en torno de ella, semejaban los pimpollos de una rosa.

Habíales la madre acostumbrado á elevar todos los días á la Virgen sus plegarias, y era una dicha mirar como sencillos oraban, pidiendo á la Madre de Dios, para todos, amparo y misericordia.

Con qué dulcísimo encanto veíalos la cariñosa madre delante de sí, ofreciendo las primicias de sus corazones á la Reina de los Angeles!

Con qué purísimo afecto corría, las oraciones acabadas, á estampar en los rientes lábios de sus hijos, el beso consolador de maternal cariñol

Rebosaba de alegría y santo gozo al contemplar, aquellas hermosas, inocentes criaturas, sueltos sus rizos de oro, fijos los ojos en la imagen y las manos juntas sobre el pecho, elevando á los cielos sus fervorosos afectos, ora en místicas plegarias ó en dulcísimos cantares.

Y cuenta la tradición, que, un día, radiante de felicidad, al verlos, volvióse de improviso á sus hijuelos, llenáronsele de lágrimas los ojos, y así les dijo en dulce, maternal acento:

—Hijos míos, hijos de mi corazón, cuánto os quiero! Cuán dichosa me contemplo al ver que os moveis en torno mio.....!

Pobres, muy pobres somos, mas la Virgen Santísima desde el Cielo, si amantes se lo pedimos y de veras nos conviene, seguros podemos vivir, que nos dará cuanto le pidamos.

Por mi parte, una cosa le pido, una cosa que me haría eternamente la más feliz de las madres...

Qué hermoso para mí sería, veros

servir de ayuda al bienestar y salvación de los hombres, con un superior talento guiado por las más altas virtudes!

Pero ¡ay...! cuánto más feliz me consideraría, hijos míos, si, dirigiendo al cielo el corazón entero y sus miradas todas, supiera que uno de mis hijos había de contarse, un día, en el número de los santos...!

¡Que mayor felicidad en la tierra, que ser la madre de un Santo...! ¡Madre de Jesús, oídos...!

Abrió tiernamente sus brazos arrojáronse á ellos sus hijos y estrechó á todos amante, sobre su tierno corazón.

Entonces el más pequeño de los cuatro, levantando sus manos puras á los hombros de su madre, que se bajó hasta besarlos.—Yo he de ser el Santo madre, yo, le dijo, que quiero hacerlos feliz eternamente....—

Confundiéronse, al estrecharse las lágrimas de madre é hijo, y sintieron en aquel momento una felicidad inefable.

Poco tiempo después, aquel niño, pobre en bienes de fortuna, pero rico en talento y virtudes, tomó el hábito de San Benito, y llegó, por fin, á ser uno de los grandes Papas que han regido en la tierra, la Iglesia de Jesucristo.

Modelo de santidad su vida, murió para gozar en el Cielo la gloria que Dios tiene preparada á los justos, y la Iglesia le cuenta en el número de los Santos.

¿Me preguntáis por su nombre? ¿Queréis acaso imitarle? ¡Oh queridísimos niños! ¡Oh madres!

Se llama *San Pedro Celestino* y su fiesta se celebra en 19 de Mayo.

E. S.

Las que suben y bajan.

El Párroco de uno de los pueblecitos mas pobres de la Bretaña, tenia la costumbre de visitar todos los dias á algunos de sus parroquianos; deteniéndose principalmente en las cabañas de los mas desgraciados, y dejando siempre en ellas abundantes consuelos y socorros.

Un dia, siguiendo el curso de sus paseos caritativos, entró en la cabaña mas humilde de toda la parroquia. En ella se encontraba solo un niño de siete á ocho años, atizando el mezquino fuego que ardía en el hogar, y cuidando de que no se interrumpiera el hervor de una gran marmita, pendiente de una cadena que colgaba de la chimenea.

La madre, una pobre viuda, y los otros hijos se hallaban trabajando en el campo, mientras el mas pequeño preparaba la comida de toda la familia.

—Ola, ola, ¿qué es lo que cueces en tu marmita? le preguntó el Párroco; sentándose en uno de los bancos de madera que habia junto al hogar.

—*Las que suben y bajan*, señor Rector.

—¿Y qué son *las que suben y bajan*? dijo el Párroco riendo de la ocurrencia, y deseoso de saber lo que el niño queria decir. ¿Quieres enseñármelas?

—De muy buena gana, señor Rector, le contestó el niño.

Y quitando al mismo tiempo la tapadera de la marmita, dejó ver al Párroco las pocas habichuelas que contenia, que *subian y bajaban* efectivamente con toda libertad, en el agua de que estaba llena hasta el borde.

—Pero, hijo mio, exclamó el sacerdote, hay tan pocas habichuelas en tu marmita, que apenas podrán dar gusto al caldo.

—Es verdad, pero al menos lo harán mas espeso, replicó el niño; dejando ver al reirse dos blancas filas de dientes.

—¿No deseas pues nada, hijo mio?... ¿Ni siquiera tener algunas mas de *las que suben y bajan*?...

El niño miró al Párroco, como sorprendido, y dijo á seguida, con una gravedad encantadora.

—No, señor Rector; *porque no es esa sin duda la voluntad de Dios*. ¡Ya sabeis que es preciso querer siempre lo que Él quiere!

El buen Párroco sintió llenarse sus ojos de lágrimas, al oir las palabras de aquel niño, tan piadosamente educado por su madre. Y al salir de la humilde cabaña de aquella familia, verdaderamente dichosa en medio de su miseria, despues de dejar al niño una ofrenda destinada á hacer el caldo algo mas espeso; suplicaba á Dios, desde el fondo de su alma, con cedia á todos sus feligreses, la gracia inapreciable de tan ingénuo y sublime resignacion.

G. I^{to} D^o ETHAMPES.

En la villa de San Mateo Diócesis de Tortosa, ha abjurado sus errores y abrazado la fé de Cristo, el protestante monsieur Pablo Emilio Vigues y Beceade, natural de Carbonne (Francia), habiendo pedido y recibido el santo Bautismo el domingo último, con el nombre de Mateo, siendo padrinos el Sr. Alcalde de aquella villa D. Joaquin Sales y su se-

ñora esposa doña Teresa Vives. Después el nuevo bautizado recibió la sagrada Comunión y oyó la Santa Misa celebrada con gran solemnidad. Honraron el acto con su presencia el Ayuntamiento y la Audiencia, asistiendo también un número considerable de fieles.

Corre el rumor de que el conocido escritor D. José Zahonero, cuyas obras forman parte de la biblioteca de *El Motín*, ha reconocido sus errores volviendo al seno de la Iglesia.

Dos distinguidas damas de la aristocracia española han tenido la satisfacción de convertir al catolicismo á una marquesa inglesa que se halla en Madrid hace algunos meses.

A 2.500 asciende el número de alumnos que asisten en Gante á las Escuelas Asilos fundados para recoger durante el día y educar á los hijos de los operarios que trabajan en las fábricas.

¡Bendita caridad!

Las Escuelas Pías en Hungría cuentan con 7.594 alumnos, 338 religiosos y 24 colegios.

La impiedad y las enseñanzas refractarias, á pesar de su continua excitación, apenas nos dan motivo para justificar su movimiento.

El hijo de un libre-pensador francés madrugó un domingo para ir a la Iglesia, y su padre le preguntó que á donde iba.

—A Misa, papá.

—Deja esa tontería para las mujeres, añadió el padre, y vete á pasear.

—Pues el maestro nos dice en la escuela que observemos los mandamientos de Dios y los de la santa Iglesia.

—¿Tu maestro cree en Dios? Yo iré á decirle lo que conviene, y á prohibirle que te enseñe los mandamientos.

El niño repuso con dulzura.

—También el que nos manda honrar padre y madre.

El libre-pensador, desconcertado por aquella salida, abrazó á su hijo, y le dejó marchar á Misa.

Los rosarios de un mártir.—Reproducimos los siguientes detalles sobre la muerte del P. Ogilvio, jesuita, ejecutado por la fé en Glasconw (Escocia), bajo el reinado de la cruel Isabel.

...El ejecutor, después de haberle pedido humilde perdón, iba á atarle las manos tras la espalda; mas antes de ejecutarlo el mártir arrojó á la multitud sus rosarios, única prenda de que podía disponer en aquel momento.

Los rosarios vinieron á dar en el pecho de un gentil hombre húngaro, el barón Juan Eckersdorff, que mas tarde fué gobernador de Treves y que en su vejez hizo al P. Balvino, jesuita, la siguiente relación:

«Viajaba yo entonces por Inglaterra y Escocia, como acostumbran hacerlo los jóvenes nobles húngaros. Era yo muy joven y no tenía fé. Encontréme casualmente en Glasconw el día en que el Padre Ogilvio era conducido al cadalso y no sé explicar el aire noble y sereno con que iba á la muerte. Después de haberse despedido de los católicos, que rodeaban el cadalso, les arrojó sus rosarios en el

momento de subir sus escalones. Esos rosarios tirados á la ventura dieron de lleno contra mi pecho, de suerte que tuve que retenerlos con la mano. Los católicos se arrojaron sobre ellos con tal ímpetu que me vi obligado á soltarlos por no verme aplastado. Nada estaba entonces mas lejos de mi pensamiento que la Religión: mi espíritu estaba á cien leguas de allí; y desde aquel momento no logré un instante de reposo. Esos rosarios habían abierto una herida en mi corazón: Mi viaje me era indiferente, ya no gozaba de paz: mi conciencia estaba perturbada y este pensamiento me perseguía sin cesar.» «¿Por qué los rosarios de este martir han venido á herirme á mí y no á otro?»

«Durante algunos años esta cuestión me hostigaba, hasta que por fin la conciencia triunfó. Abjuré el calvinismo y me hice católico. Atribuí esta afortunada conversión á los rosarios del Martir. ¡Ah! si yo los poseyese, no los cambiara por nada del mundo y si pudiese comprarlos, ningún precio me parecería caro.» (*The Rosary*, de Londres.)

La Avaricia.—El amor insaciable de las riquezas mucho mas aflige el alma con el uso de ellas, que las recrea, por que el adquirirlas está lleno de trabajos y el poseerlas de temor, y el perderlas de dolor. (*San Bernardo*.)

¡Pobre avaro! ¡Y cuán pobre aparecerá ante un Dios inexorable! Por que sus riquezas las dejó en el mundo, y deseó proveerse de libranzas contra el tesoro de la eternidad. Esas libranzas las dan

los pobres á los ricos, para que puedan entrar en el cielo. (*Aparisi*.)

Los tribunales de Marsella acaban de condenar á dos maestros laicos á 20 años de trabajos por corrupcion de menores, y por otros delitos que la moral nos prohíbe escribir.

¡Esos son los maestros de las escuelas sin Dios!

En una conferencia de Liverpool, el P. Apderdon probó que á pesar de las sumas fabulosas empleadas, las misiones protestantes no dan ningún fruto, confirmando con los testimonios de protestantes famosos. Alegó como razon la variedad de las doctrinas que defienden, la falta de apostólico espíritu y la circunstancia de estar casados los Pastores. El salvaje no quiere un misionero que venga con mujer, con hijos, con el piano, etc., sino con la cruz de Jesucristo, y exclaman: «Enviadnos al Ropa negra, que se presenta sin mujeres y hace la señal de la cruz.»

EL CRISTO DE LA LUZ.

Tradicion Toledana.

¡Toledo! ¡Quién pudiera cantar con la inspiracion de los antiguos bardos el entusiasmo que enciende en nuestro pecho el recuerdo de tu pasada grandeza y poderio!

¡Cuántas epopeyas gloriosas, cuántas admirables tradiciones, cuántas maravillas artísticas y cuántos recuerdos históricos guarda dentro y fuera de sus muros

la imperial ciudad! En ella se han juntado todas las razas de la tierra, allí han depositado sus mejores producciones todas las civilizaciones que en el transcurso de los siglos invadieron el suelo español, en ella han dejado sus mejores obras todas las manifestaciones del arte, allí en fin, han tenido lugar todas las evoluciones del progreso humano en los pasados siglos.

Álzase la que fué ilustre matrona de tantos reyes, riquísima sultana de tantos califas, sobre elevadas colinas como la señora de ambos mundos, á cuyas plantas rueda imponente el caudaloso Tajo, en cuyas arboledas que le circundan como vistoso cinturón de esmeraldas, se han sustentado en otro tiempo las arpas melodiosas de Israel, en sus ondas espumosas se han repetido los tristes ecos de los cantos árabes, prolongados y medrosos como el gemir del Simoun en el desierto, y en sus pintorescas orillas han resonado las tiernísimas endechas del castellano trovador.

Circundan las antiguas murallas, guardadas por torreones y castillos, vigiladas por puentes colosales, arcos árabes y puertas arquitecturales; y bajo sus dilatados horizontes se estienden hermosas perspectivas, sombreadas de apretados olivares, festoneadas de cigarrales, donde inspiraron sus obras Tirso y Moreto, bordadas de quintas y abadías, de granjas y conventos, de castillos y monasterios.

Allá en lo más pintoresco de su campiña, en donde la luz es más viva y los contrastes más vigorosos, junto á los cármenes floridos de los antiguos califas,

entre ricos vergeles de sombrosos álamos y sauces llorones, se levanta como aparición fantástica la preciosa mezquita de Alimenon, el santuario del Cristo de la Luz, en donde celebró la primera misa el ejército cristiano cuando la conquista de la ciudad.

En este antiguo templo tuvo lugar la tradición gloriosa que ha llegado hasta nosotros; refugiada en lo íntimo de las creencias y en lo más profundo de los corazones fervientes; tradición, en la que domina aquella fervorosa exaltación de lo extraordinario, aquel ingenio reflejo de la piedad tradicional de nuestros antepasados.

En los tiempos de Atanagildo, existía ya este templo; y sobre la anchurosa puerta de entrada y bajo elegante dosel gótico, se veía una imagen de Cristo crucificado modelada en alabastro. Debido sin duda á su belleza y á las costumbres piadosas de antiguos tiempos, jamás pasaba nadie por delante de la santísima imagen sin descubrirse la cabeza y hacer la señal de la Cruz, tanto era el fervor que producía entre los cristianos, y la veneración que la gente le profesaba.

En aquel tiempo, en una de las callejas más oscuras y tortuosas de la imperial ciudad, vivía en una casucha raquítica y miserable un judío llamado Sacao, reacoroso y vengativo, y que odiaba el nombre de cristiano como todos los de su raza.

Duñeo según los rumores del vulgo, de una inmensa fortuna hecha á fuerza de usura y avaricia, manifestaba sin embargo en su harapiento vestir y su mu-

griente bonetillo, todas las apariencias de la miseria. A esto se debía principalmente la desgraciada popularidad que había adquirido entre los vecinos de su misma calle y hasta en toda la ciudad.

Así sucedía que frecuentemente era objeto de las burlas del bulgo, de la rechiffa de los muchachos y del horror de las personas piadosas que lo tenían por el mismo Lucifer.

Una tarde á la puerta de su casa, armó un altercado con dos escuderos, por no se sabe que cantidad que les reclamaba y ellos no querían satisfacerle. Lo que empezó por una pequeña disputa se convirtió muy luego en un verdadero tumulto; quien arrojábale piedras, quien le motejaba con palabras injuriosas, quien le llamaba con epítetos despreciativos.

Mal debió juzgar su situación el judío Sacaó cuando apesar de la pica que llevaba, no pudo defenderse y apeló á la fuga, saliendo fuera de la ciudad por la primera puerta que encontró á su paso.

Libre de sus perseguidores y jadeante de cansancio, corrió á ocultarse bajo las copas de los árboles que sombrean las cercanías del Santuario del Cristo de la Luz. Sacaó no era el mismo hombre de siempre, pues sus facciones se hallaban transformadas y contraídas de furor, en sus ojos centelleaba la cólera que en su corazón ardía y su cuerpo se agitaba al impulso del espíritu de venganza que le dominaba. Largo rato estuvo meditando allí en su interior algún plan diabólico de venganza, cuando de pronto alzó los ojos á la imagen de Jesús que se hallaba sobre la puerta del cercano templo y una sonrisa aterradora asomó á sus labios,

como si ya hubiera encontrado la cruel venganza que ansiaba su corazón.

¡Que muera en efígie ya que no puede ser en vida, ese nazareno que maldijo nuestra raza y la proscribió para siempre de los cenáculos de Israel! Dijo con tono amenazador dirigiéndose á la santa imagen; y después de lanzar una mirada en derredor para cerciorarse de que nadie le observaba, se precipitó loco de rabia hacia la puerta del templo, asestando una lanzada terrible en el costado de la escultura santa. En el mismo instante aquel malvado tuvo que cerrar los ojos por que un objeto extraño había caído sobre su frente y anubló su vista. Pasó sus crispadas manos por su rostro, abrió desmesuradamente los ojos y un grito de horror salió de sus labios, estaba manchado de sangre. Alzó la vista á la santa imagen y quedó aterrado, sintió que las sienes le latían con violencia espantosa; una nube densa oscureció sus pupilas y exhalando un grito desgarrador, sobre humano, cayó desvanecido.

(Se continuará.)

P. C. Y B.

(De *El Pilar.*)

COLECCION

DE

Sermones, homilias y panegiricos,

obra original

escrita

POR EL DR. D. ZACARIAS METOLA Y CUENDE, CANÓNIGO LECTORAL DE LA SANTA IGLESIA METROPOLITANA DE BURGOS.

Cuatro tomos: en rústica 13 pesetas, en pasta 16.

Los pedidos al autor, añadiendo una peseta 50 céntimos para franqueo y certificado.

Imp. CATOLICA, Huerto del Rey 13.